

Guillermo Valenzuela Donoso

## La noche de Pakomio (\*)



**L**OCO, ululante, caliente, haciendo trampolín en la playa, el pakakira (1) entra al bosque de Mataveri. Y esto, es como si todos los males se hubieran descargado sobre la olvidada Rapa Nuí. Por todas partes corre la misma voz de alarma:

—¡El pakakiraaaa! ¡El pakakiraaaa!

Le gritan los pescadores haciendo empleyar velozmente sus pequeñas embarcaciones, los ovejeros que azotan a los lanares de Williamson Balfour hacia los apriscos, los puebleros que cierran apresuradamente sus puertas y los habitantes del

---

(\*) A pesar de que sus puertos, sus caletas y sus islas son innumerables e innumerables los chilenos que navegan, no posee Chile una interpretación literaria de su mar y de sus marinos.

Henry Goy observó, en 1917, que en Chile no había interés alguno por el mar y que, no obstante la extensión de su costa, el mar no influía sino en forma mínima en su economía y en su literatura. La observación del profesor canadiense no ha perdido, desgraciadamente, su actualidad.

Hasta hoy el mar de Chile, desde el punto de vista literario, es un mar lírico, influído por la poesía marítima de Francia. Olas, vientos y pájaros los mismos que los de cualquiera costa de la tierra.

En su evolución económica, una marina mercante se fué formando, junto a la de guerra. La de guerra tiene una gloriosa tradición y un lugar

(1) Viento que azota a Rapa Nuí desde el norte.

leprocomio que, desde su anillo de piedras, en lo alto del cerro, le han visto levantarse mar adentro.

La carrera del pakakira es rápida y después de azotar y desmochar al sombrío bosque de Mataverí, remece el caserío, mustia los rosales con su aliento caliente y arañando por aquí y por allá, levanta polvareda en los cerros, para desaparecer otra vez mar adentro.

Si el pakakira se hubiera detenido en la cresta más alta desde donde pegó su salto al mar, habría captado en una postrera ojeada los destrozos de su inquisosa carrera. Tras de él ha quedado la arboleda llorando savia por sus muñones, los rosales con sus testas caídas y el caserío con estremecimientos de ijares espoleados en sus muros.

Ya están los pescadores hincando las quillas de sus botes en el mar que, lenta y dolorosamente recobra su antiguo azul, los ovejeros dejando libre a los lanares que corren chozpando y balando en busca de los revueltos pastizales y en el anillo de piedras allá en el cerro, como en un film lento, se mueven los leprosos.

Trágico destierro éste, lejos del pueblo y frente a una eterna y ancha soledad de mar y cielo. El pakakira apenas si rozó el

---

en la historia de Chile, pero los marinos mercantes no han sido héroes ni de la historia ni de la literatura. Han permanecido simplemente anónimos.

El lanchón maulino, audaz navegante del Pacífico, las goletas y bergantines chilotes, conocedores de canales y corrientes, los vaporinos de los barcos de carga, apenas si fueron citados por los poetas o por los cronistas que llegaban casualmente a un puerto del Maule o de Chiloé.

Vicuña Mackenna, insaciable buscador de detalles típicos, describió la vida de Valparaíso y Viña del Mar, durante el siglo XIX y Roberto Hernández en sus «Chilenos en San Francisco de California», libro erudito y pintoresco, nos evoca la actividad del puerto en el éxodo del oro, por los años de 1848 a 1850.

A principios de este siglo, d'Halmar habló del mar, de la poesía de los viajes, de la vida errante de los marinos y de las pequeñas cantinas, donde se reunían a fumar su pipa y a contar sus aventuras, marinos de todas las

anillo de piedras, pero los hombres que allí viven son los únicos que han quedado a tono con las manifestaciones del que ahora castiga al mar cerca del horizonte y hace que las rayas tengan quejas de plata en sus asustadizos saltos.

Aquí en este encierro los hombres lucen desgajados, desmochados, al igual que la arboleta de Mataveri. Parece que el pakakira, así, blanquecino como iba arañando los cerros, se les hubiera adentrado en la carne y en su frenético afán destructivo, hubiese tocado en los huesos de esa gente las infinitas flautas de su locura, y, en seguida, quebrado sus ululantes instrumentos.

Como negativos de impresionadas placas que hubieran echado a andar fuera de tiempo y sitio, caminan arrastrando inerti, pesados grilletes de olvido.

Para ellos, en este crepúsculo que ya está doliéndose de estrellas, el pakakira ha tenido el carácter de una solemne noticia y de un golpe ha caído desplumado el pájaro de la monotonía.

Esta noche no será como las anteriores y esas sonrisas macilosas que muestran sus rostros casi inexpresivos, lo van diciendo claramente a medida que entran en la «casa-grande».

Claro que será porque el pakakira dejó electrizado el aire

razas, pero sus cuentos son más bien poemas del mar que interpretaciones psicológicas. Sus descripciones convienen lo mismo al Pacífico que a cualquier océano del mundo.

Salvador Reyes, en claro estilo narró la vida nocharniaga de Valparaíso y de la costa norte de Chile, sin mayor contenido real y Luis Enrique Délano hizo algo semejante con motivos chilotes.

Benjamín Subercaseaux, en «Y al Oeste limita con el mar» captó, personificado en el Capitán Piojo, un aspecto de la vida porteña, Manuel Rojas en «Lanchas en la bahía», con más hondura que Reyes, nos habla de los tripulantes de los pontones y del medio nocturno de Valparaíso y Laurencio Gallardo, en vigorosas aguas fuertes, nos pinta sus «hombres de máquinas», avivando las calderas de los vapores, a lo largo del litoral del Pacífico.

Algunos meses antes de que apareciera «Por el ancho camino del mar», se publicó la novela «Faluchos», de Leoncio Guerrero, que describe la vida de



y hasta el pecho de estos hombres parece estar lleno de un raro contenido ¿Opresión? ¿Alegría? Ni la una ni la otra. ¡Es esperanza! Es la eterna esperanza de no ser por más tiempo el testigo obligado en esta loca carrera de abandono físico, donde, en vano, sujeta riendas el jinete del alma.

Sobre los volcanes rebasa la roche y de los cráteres viene cerro abajo una lava de sombras llenando de oscuridad a Rapa Nuí. Pero no toda la isla ha quedado sumida en las sombras y en la «casa-grande», la esperanza está puesta en sencillos gajos de luz.

Cada ser que allí vive ha tomado un chonchón y lo ha ido a colocar al centro de la pieza-común. En seguida, sentados a la usanza oriental, han formado círculo alrededor de estas luces y en poses hieráticas donde sólo hay un movimiento de ávidas pupilas, se han quedado en ansiosa observación.

Inocente, pero angustioso juego éste, el de los reclusos esperando que el ramalazo de la conjunta luz de los chonchones les traiga la visión de lo que fueron y de lo que en su angustia esperan encarnar mañana.

Hora tras hora hasta que llega el amanecer, noche tras noche completando semanas, meses y años dura esta angustia

los lancheros del Maule. Su temperamento es diametralmente opuesto al de Valenzuela Donoso. Guerrero es un naturalista; Valenzuela, ante todo, un poeta.

Valenzuela se nutre de una experiencia auténtica. No es precisamente un marino, sino un técnico de abordó, un radiotelegrafista contratado. Y en mi concepto, esto ha favorecido su observación del mar y de la vida marinera. Su amor al mar es más producto de su imaginación que de una vocación efectiva. Es un santiaguino que soñó el mar e hizo real su sueño.

En su libro «Por el ancho camino del mar», se advierte con claridad al marino ocasional. Ese título poético no lo habría elegido un marino de profesión. Sus relatos son a modo de fragmentos estilizados del diario de un artista que observa el espectáculo del océano y la disciplinada existencia de los hombres a bordo. No fija, sin embargo, su atención en las maniobras del buque, sino en el pintoresquismo de la navegación. Delectación morosa de segundos, minutos y horas, desde su cabina de radiotelegrafista, del vivir

hasta que, un día salta el esperado grito. Entonces, el aludido ya no siente el anillo de piedras a su cuello ni el «delito de ser leproso».

Hoy han corrido muchas horas y algunos ojos lagrimean de cansancio, y, los más, porque ya la esperanza esta noche tiene muy honda la trizadura.

«Pero no toda esperanza es vana», parece decir la noche encariñada con estos hombres que le han puesto un sincero manojo de luces y, de pronto, desde fuera, empieza a soplarles por las rendijas de la «casa-grande, el aliento fresco que ella le ha robado al mar.

Pan de angustia y agua de esperanza han comido y bebido en estas pesadas horas, pero, al fin, llena, rompe la redentora señal:

—¡Neje, neje (2) Pakomio! ¡Neje, neje, Pakomio!

marinero, en esto, su originalidad, su distanciamiento de los escritores capitanes como Marriat y Conrad. No inventa la aventura, como lo hicieron la mayoría de los escritores marítimos. Frente al panorama del mar, su sensibilidad reacciona espontáneamente, virginalmente.

Incluso, no figuran muchos marinos en estos cuentos, pero los que aparecen son reales y humanos, como ese timonel Martínez de «La Rubia del Port Caroline».

Los argumentos, por la misma razón ya apuntada, casi no existen: son episodios mínimos de la vida del mar, animales que navegan, pongo por caso, por decisión de sus amos, como el titulado «Dos camaradas», página de intensa piedad, no exenta de una leve gota de humor y en que las bellas y novedosas imágenes se han realizado con elementos del mar mismo.

Pero la verdadera personalidad artística de Valenzuela culmina en sus cuentos y leyendas de la isla de Pascua, donde la técnica, simplísima, alcanza al simbolismo poético.

Jack London, es, quizá, la raíz de esta «Noche de Pakomio» que publica Atenea.

En formas diversas, que van de la realidad a la fantasía, Prado, Vives Solar y Julio T. Ramírez poetizaron la vida y las leyendas del Paraíso maón, (maorí).

Valenzuela que ha visitado varias veces la isla, vió a los pascuenses en

(2) Vocablo pascuense equivalente al adjetivo hermoso. En pascuense los adjetivos se repiten

Medio a medio del corazón ha pegado el grito y quien lo ha recibido, por nada del mundo dejará de creer en la brillante pitonisa de los chonchones. La conjunta luz ha tenido su regalón esta noche y al resto, le ha dado la sensación de que están viviendo una triste y breve Cuaresma.

No importa quién haya gritado, pero, Pakomio, el más joven de todos al escuchar su nombre ha saltado como un resorte y dando saltos y saltos, es como un árbol de Mataveri que se hubiera puesto a danzar. Danza, grita, corre, y no es savia como esos hermanos de Mataveri la que lucen sus heridas, sino alegría, alegría que el alma de Pakomio le empuja hasta por los poros.

Pero Pakomio ya ha roto los grilletes de olvido que se amarraron a sus pies y, en su pecho, como fina arenilla, hecho trizas, vuela el anillo de piedras que otros hombres pusieron para cercar su «delito».

Pronto la pieza se hace pequeña para albergar la alegría de Pakomio y él, que sabe de esto, de un empujón derriba la puerta. Afuera, clara, fresca, ríe la buena noche, mientras el muchacho levantando sus muñones hacia un cielo de luminosas

---

el período actual de su vida, degenerados por las enfermedades y empobrecidos por la explotación de los blancos.

En «La Noche de Pakomio» el héroe infantil despierta, inesperadamente, de su modorra de enfermo incurable.

Está soplando el pakakira, el viento del norte. El anillo de piedra del leprocomio se ha desmoronado milagrosamente. La luna empapa de tibia plata el paisaje y las llagas de los leprosos y Pakomio advierte que sus heridas se cierran, que su carne maloliente se embalsama con el aroma de la salud. Lo invade un loco regocijo. Por arte de magia le han brotado unas alas tenues y azules, hechas de aire y de luz. Volando en la atmósfera lunar ve los cráteres, colmados de agua, el oro perfumado de los platanares, la casa de sus hermanos, donde nació, el denso sueño de los bosques y las espumas blancas del mar.

Aliado de la luna y del viento, este mar ha variado el curso de los nautilos y de la vida de Pakomio y en un nautilo, velero de sueño, navega Pakomio hacia un nuevo destino.—MARIANO LATORRE.



hostias, hace comulgar su juvenil alegría dando vueltas y más vueltas alrededor del caserón.

Acezante, sudoroso como un caballo de noria, corre y corre. Pero todavía no está libre y a la distancia se levanta odioso y fatídico el anillo de piedras.

«Hay que dejarlo atrás y para siempre», se repite Pakomio y en un postrer esfuerzo, se encamina hacia él.

«¡Allá va! ¡Salta! ¡Salta, Pakomio! ¡Salta y dejarás para siempre esta prisión de piedra! parecen decir el mar y la noche con su bondadosa quietud, mientras Pakomio, en su delirante carrera, es como un trágico fantasma que llevara su capa de lastimadas carnes al vuelo.

Ya está a escasos centímetros y la alta pirca de arisca piedra, ante sus ojos, es apenas un leve y blando montoncillo de arena.

«¡Sí, Pakomio! ¡Sí, eso es y nada más!»—recalcan los elementos contenidos en su piadoso silencio—. «¡Salta! ¡Salta, Pakomio!».

Pero, de súbito, todo revienta en un terrible maremágnum. Furioso se golpea el mar contra la roca. Se nubla la noche y hasta Orión, irritado, convierte el brillo de su puñal en vivo e hiriente relampagueo.

Envueltas en oscuras nubes pasan largas hasta que, por la blanca escalera de un claro vellón, se asoma, novedosa, pero tímida, la luna. Parece que algo buscara y después de recorrer el mar, trepa a los cerros de Rapa Nuí, escarba el follaje de los mirotahítis (3) en los cráteres de los dormidos volcanes y, en puntillas, descende hurgando los matorrales. Todo es vano, pues Pakomio no aparece por parte alguna. No está en el caserío del pueblo donde le ha buscado casa por casa ni entre los moais (4) ni en el tronchado bosque de Mataveri.

---

(3) Arbol originario de Tahíti, de cuya madera fabrican los nativos figuras, y a las cuales llaman toromiros. El toromiro es un árbol que hoy se encuentra casi totalmente extinguido en Rapa Nuí.

(4) Figura de piedra.

«Todo esto es de dudoso origen», parece decirse la luna y echa andar hacia el leprocomio, pero, sólo ha dado algunos pasos y tropieza con la fatídica pirca de piedras.

Toda su luz la vacía sobre lo que ha visto.

Allí está Pakomio. Allí está tendido medio a medio sobre la pirca, cara al cielo y con sus quebrados brazos desgarradoramente estirados hacia el pueblo.

Pero no le basta a la dulce novedosa verle así tendido y se arrodilla para mejor contemplarle.

Filudas piedras hundidas en su carne, traducen el último esfuerzo del cautivo.

Como una madre que quisiera leer en el rostro del hijo la postrer palabra, dolorosamente brillante, lo observa, la luna.

Una lágrima, viva, rielante que es como un pequeño Pakomio, está a punto de desprenderse. Se encanta la luna con el minúsculo muchacho y sus luminosos dedos abren un surco a través de la «faz leonina».

«Este pequeñito Pakomio irá donde él desee»—dice muy queda la luna y le indica las comisuras donde la última sonrisa del cautivo tuvo su nacimiento, mientras volaba hacia la pirca.

Se alegra la lágrima en las comisuras y toma el pequeño Pakomio el sano color de la carne nueva.

—¡Salta, Pakomio! ¡Salta ahora, Pakomio!—le grita la luna y él, llevándose toda la alegría, salta por fin la pirca.

Adelante, bondadosamente señera, va la luna.

—Quiero ir a los cráteres donde el agua está eternamente fresca y los bananales revientan en oro—dice Pakomio.

Y ella, haciendo senda su cuerpo, empina hacia los cráteres.

—Ahora quiero ver el pueblo y entrar a cada una de las casas que tantos años no veo y donde sé, viven mis hermanos—agrega el muchacho.

Y ella, tomándolo en vilos lo deja en medio del camino. En seguida, le abre cada una de las puertas y mientras el dimi-



nuto Pakomio va de casa en casa, la luna ríe llenando de alegría a todo Rapa Nuí.

—Ahora vamos al bosque de Mataveri—dice el muchacho.

Poniéndolo en su pollera, hacia allá lo transporta y Pakomio, tan pronto sube a un mirotahíti, como acaricia a los verdísimos mahutés (5).

—También quiero ver el mar—musita Pakomio.

—¡Por este sendero! ¡Por aquí, Pakomio! ¡Baja por este sendero! ¡Yo te esperaré allá en la playa!—grita la luna.

Y mientras el muchacho va sendero abajo, ella, sentada en la arena, completa secretamente con el mar.

De súbito, recoge ella finamente el ruedo de su pollera y corre al encuentro del muchacho que viene sembrando por el sendero, como en abierto surco, alegres cantares.

—¡Por aquí! ¡Por acá!—grita el muchacho y asido a la blanca y luminosa mano de la luna, va por la playa, trepa a los enhiestos roqueríos o aventa en caprichosos abanicos, la arenilla.

A unos pasos y sin perder detalles, el mar, viejo juguetón, repasándose sus blanquísimas barbas, silba una rara melodía.

Ya no hay secreto en la playa para el pequeño Pakomio y así, comprendiéndolo la luna, le deja encantarse en la lejana línea del horizonte. El mar, siempre oculto filántropo, hace cambiar rumbo a los ágiles nautilus y pronto los moluscos marineros, como apresurada escuadra, tiran anclas frente a la playa.

Loco de alegría está el muchacho y brillan de regocijo sus ojos con la escuadra surta que, el mar, sin dejar su extraña canción, acuna y acuna provocativamente.

Nada se dicen el viejo de espumosas barbas ni la rubia mujer, pero ella toma en brazos a Pakomio y le embarca en el más hermoso de los nautilus.

—Ahora dejémosle ir hacia donde él lo desee—dice el mar

---

(5) Arbusto de cuyas raíces machacadas, los pascuenses hacían sus vestidos.

secretamente a la luna, mientras Pakomio con su vista fija más allá del horizonte, ágil, maniobra con su velero.

Lentamente va quebrando el día la caparazón de la noche, la luna, reidora, con sus ojos clavados en el lejano velero, se oculta tras las anchas espaldas del mar que, haciéndose el gruñón, ha dejado de silbar.

El sol domina ya a Rapa Nuí y mientras, tendido como un sucio pañuelo, ha quedado la envoltura de Pakomio sobre el anillo de piedras, allá, quebrando la línea del horizonte va el piloto de la lágrima y sonrisa. ¿Hacia dónde se dirige? ¿Dónde recalará? Será donde él lo quiera, pues lleva las mejores monedas para la vida: la lágrima y la sonrisa.

G. V. D.